

TRIPTICO ROMANO EN LAS CIFRAS DE UN SEGUNDO MILENARIO

Por LUIS ARAUJO-COSTA

III

JULIO CESAR

L *A vida de Julio César.*—A Julio César se le han consagrado muchos volúmenes y en la actualidad hay en los escaparates de las librerías madrileñas un tomo de muy nutrida lectura, que no tengo por misión extractar en estas líneas, sobre los tres personajes de Roma, unidos por el azar de unas cifras en su segundo milenario. Sin embargo, a modo de recuerdo y por si alguno ha olvidado lo que estudió de niño en el aula de Historia Universal, trazo a continuación un esquema de su biografía, con la serie de acontecimientos importantes de que fué actor y protagonista, acontecimientos que marcan con acento muy señalado la historia de la civilización en su cauce central.

Cayo Julio César nació en Roma el 12 de julio del año 100 antes de nuestra Era. Algunos autores ponen la fecha de 102. El 12 de julio los romanos lo hubieran designado como el día cuarto antes de los Idus. El padre del futuro dictador de Roma se llamaba lo mismo que él en el *nomem*, *proenomem* y *agnomem*. Se ha visto igual caso en Cicerón. La madre, Aurelia, fué una de las mujeres más cultas de la ciudad del Tíber cuando el pensamiento y el espíritu de Grecia, y aún de las tradi-

ciones vernáculas, era allí cultivado con ardor. La filosofía de epicúreos y estoicos, las doctrinas de Panecio y Polibio, el gesto duro de Catón el Censor y los seis libros de Lucrecio, constituyeron para Aurelia ambiente adecuado en que lucir el ingenio y la gracia femenina, muy nutrida el alma con el tesoro de viejas tradiciones. Una de ellas hace a la familia descender, nada menos que de Eneas y de Venus. Julia, una tía abuela de César, ha sido esposa de Mario. La suerte del conquistador de las Galias se liga en los primeros años de su vida a la fortuna y las vicisitudes del partido popular que Mario acaudillaba. Los maestros de César se llaman Marco Antonio Grifo y Apolonio Molon de Rodas. A los diecisiete años contrae matrimonio con Cornelia, hija de Lucio Cinna, jefe principal del partido de Mario, y es nombrado sacerdote de Júpiter. Sila le ordena el repudio de la mujer que había tomado. Como se niega a obedecerle ha de buscar refugio en el país de los Sabinos hasta que sus amigos de Roma obtienen el perdón. Sila responde que en César hay muchos Marios. César no se encuentra seguro en Roma. Asia es escenario de su vida. Allí hace sus primeras armas a las órdenes de Marco Minucio Turmo y en la toma de Mitilene, el año 80, recibe una corona cívica por haber salvado la vida a un Comilitón. Un año después de la muerte de Sila, el 77, vuelve a Roma y allí adquiere un gran renombre como orador. Tiene veintitrés años. El proceso contra Oneo Dolabella por malversaciones como gobernador de la provincia de Macedonia, le consigue un envidiable triunfo en el foro. Para perfeccionarse en la oratoria decide pasar a Rodas y seguir allí las lecciones de Apolonio Molon. En el camino cae en poder de los piratas. Por chanza les dice que ha de crucificarles cuando salga de sus manos. Luego en serio, en la realidad de la muerte, cumple la promesa que bromeando les hizo. Otra vez en Roma usa toda su energía para ganar el favor del pueblo. Sus liberalidades no reconocen límite y, como sus medios económicos no dan para tanto, contrae deudas enormes. Dicen que por valor de 1.300

talentos. El de plata, traducido a la moneda actual, vale, aproximadamente 3.000 pesetas y el de oro 30.000. Los biógrafos no precisan si los talentos eran de plata o de oro. De todas maneras, y, aunque en vez de 39 millones fueran solamente cerca de 4, la cifra adeudada por un joven romano en los comienzos de su *cursus honorum* puede calificarse de excesiva, por mucho que fuera en el joven prometedor el poder mental, de acción y de buena estrella.

Pero los gastos no son inútiles. Julio César se convierte en el favorito del pueblo y es elevado por él sucesivamente a las más altas dignidades del Estado. Cuestor, en el 68; Edil, el 65, emplea enormes sumas de dinero en juegos públicos y en construcciones. El 63 es elegido Pontífice Máximo. En los días de la Conjuración de Catilina pronunció un discurso muy notable para que no se diese muerte a los ciudadanos que habían tomado parte en ella. Logró su objeto, sin que el propio Catón, llamado después de Utica, se atreviera a replicarle. El 62 obtuvo la Pretura. El 61 vino a la España Ulterior en el cargo de Propretor y ganó victorias sobre los lusitanos. A su vuelta a Roma fué elegido Cónsul con Bibulo, ardiente partidario de la aristocracia. Después de la elección y antes de entrar en las funciones propias de su cargo formó con Pompeyo y Craso una coalición conocida en la historia con el nombre del Primer Triunvirato. Pompeyo se había declarado hostil al partido aristocrático, que era el suyo, cuando el Senado no quiso ratificar sus medidas en Asia, ni tampoco una distribución de tierras a sus veteranos prometida. Craso era el personaje más importante de Roma, debido a sus inmensas riquezas. Estaba enemistado con Pompeyo, pero César los reconcilió y convinieron los tres en repartirse la influencia política y el poderío de Roma. El 59, César, fué Cónsul. Sostenido por Pompeyo y Craso hizo aprobar todas las reformas que se le ocurrieron y, aunque Bibulo les era hostil, el Cónsul, compañero de César en la función, tuvo que someterse a la fuerza de los acontecimientos y del influjo político de aquellos tres hombres. Se re-

tiró a su casa y avergonzado no apareció ya en público hasta que hubieron terminado sus funciones consulares.

César continuó tomando medidas que le asegurasen la cooperación de los ciudadanos más pobres y también la de Pompeyo y el orden ecuestre. Por voto popular que propuso el Tribuno Vatinio, le fueron conferidas a César por cinco años la Galia Cisalpina y la Iliria, con tres legiones. El Senado agregó a su gobierno la Galia Trasalpina con otra legión, y también por tiempo de un lustro. César previó que las luchas de los partidos en Roma habían de terminarse por la espada y quería tener a su mando un ejército que se ligase a su persona mediante victorias y recompensas. El 59 se unió a Pompeyo con los lazos de la afinidad familiar. Una hija de César, Julia, casó con el vencedor de Mitridates y los piratas. El yerno era cinco años mayor, en edad, que el suegro. Cinco veces contrajo matrimonio. Sus mujeres se llamaron Antistia, Emilia, Mucia, Julia y Cornelia.

Nueve años, del 59 al 50, empleó César en la conquista de las Galias. En sus manos cayó todo el territorio que hasta entonces había vivido independiente de Roma, con excepción de lo que llamaban la Provincia, hoy Provenza. Dos veces atravesó César el Rhin y dos veces desembarcó en Bretaña, que hoy denominamos Inglaterra. La primera invasión tuvo por fecha el final del verano del 55. No animaba entonces al Triunviro el deseo de la conquista, antes el de observar personalmente los caracteres geográficos y estratégicos de la isla para mejor preparar la incorporación definitiva a Roma de aquellos territorios. Partió del puerto de Itius—probablemente el Wissant moderno, entre Calais y Boulogne—y desembarcó cerca del cabo de South-Foreland, después de encarnizada lucha contra los indígenas. Transcurrida una corta permanencia en la isla vuelve a la Galia. En el mismo año, conforme a sus acuerdos con Pompeyo y Craso, Cónsules a la sazón, su Gobierno de las Galias y la Iliria fué prorrogado por cinco años, del 1.º de enero del 53 a fin de diciembre del 49. El 54 presen-

ció la segunda invasión de la Bretaña. Logró entonces, César, atravesar el Támesis y vencer por completo a los naturales. Sus dotes de general y de negociador, incluso con hombres poco habituados a las formas de derecho y de contrato que imperaban en la ciudad de Rómulo, pusiéronse en aquella ocasión de manifiesto, y aunque los bretones de Ultra-Mancha no pagaron nunca el tributo a que se comprometieron, puede decirse que desde los convenios de César con los naturales del país estuvieron las islas del Mar del Norte sometidas al poder de Roma y no vino de ellas al Continente obstáculo ninguno para que César continuara la conquista de las Galias.

Los triunfos reiterados del futuro dictador de Roma en las tierras que hoy llamamos Francia, despertaron la envidia de Pompeyo y, como su esposa Julia, hija de César, muriera de sobreparto en este mismo año 54, los vínculos de afinidad familiar que unían a los dos triunviros quedaron rotos y no iba a tardar mucho en manifestarse una rivalidad tan famosa como la de Mario y Sila. Pompeyo se unió al partido aristocrático con la esperanza de retirar a César de su gobierno, hacerle volver a Roma como simple particular y que allí tratase de obtener inútilmente el consulado. César ofreció dimitir su cargo con tal de que Pompeyo dimitiera también el suyo. El Senado decretó que el 1.º de enero del 49, César había de licenciar su ejército y que si no lo hacía se le considerase enemigo del Estado. Dos tribunos, Marco Antonio y Quinto Casio, pusieron su veto a esta resolución. Su actitud les valió ser perseguidos. Tuvieron que refugiarse en el campo de César. Bajo el pretexto de proteger a estos tribunos que habían levantado voz en su defensa, César se decide a pasar el Rubicón, riachuelo que limitaba la provincia de su mando con el territorio sometido a la jurisdicción directa de Roma. El Rubicón era la frontera entre Italia y la Galia Cisalpina.

Alea jacta est.—Los ejércitos de quien había llevado hasta el Finisterre la loba de Rómulo y Remo avanzan hacia la ciudad de las siete colinas. El Senado ha conferido a Pompeyo el

encargo de defender a Italia, pero sus fuerzas se unen a las de César. Todas las ciudades de la península itálica aclaman al triunfador. El 17 de marzo embarca Pompeyo para Grecia. Su antiguo amigo y padre de su cuarta mujer va en su persecución hasta Brindisi; pero no puede echarse a la mar por falta de embarcaciones. Los sucesos que siguen inmediatos pertenecen a la historia de España. Tres lugartenientes de Pompeyo, que en nuestro suelo residían, Afranio, Petreyo y Varron hállanse a la cabeza de un ejército poderoso. Viene César la segunda vez a España y después de haber derrotado a Petreyo y a Afranio, con todos los incidentes que relatan, al pormenor, las historias generales, ofrécese Varron a su servicio y él puede volver a Roma con nuevos y grandes triunfos cosechados. Háblale nombrado allí dictador el Cónsul Marco Lepido. Once días tan sólo admitió la dictadura, porque después de haber obtenido todos los comicios consulares y el mismo Consulado para el año siguiente, en unión de Servilio Isaurico, partió para Grecia, donde Pompeyo había reunido un ejército poderoso. Logró su rival tenerle a raya en Dirraquio y hacerle huir a Tesalia. La batalla decisiva tuvo por fecha el 9 de agosto del 48 y por escenario la llanura de Farsalia en la Tesaliótida, dentro de Tesalia, no lejos del Enipeo. Pompeyo sufrió allí una espantosa derrota y se puso en fuga hacia Egipto perseguido por el vencedor. En el país de las Pirámides fué asesinado, antes de que llegara su enemigo, el día 29 de septiembre, la víspera del cumpleaños en que iban a completarse los cincuenta y ocho de su existencia. César condenó y lloró la muerte alevosa de su rival que antes fué su amigo y su yerno y tuvo para su memoria frases de respeto y admiración.

Seducido por los encantos femeniles de Cleopatra toma la resolución de que la bella Lágida comparta el trono con su hermano Tolomeo XII. Surge la llamada Guerra de Alejandría. En uno de sus incidentes, César, se ve obligado a incendiar sus naves. Hay el precedente de Agatocles, en Africa, durante sus luchas contra Amílcar Barca, el de Cartago, mientras co-

re a su fin el siglo IV anterior a nuestra era. Andando las edades y a los mil seiscientos años, aproximadamente, Hernán Cortés vuelve a quemar sus naves en Veracruz. Las llamas que hace poner el romano en el maderamen de sus trirremes se comunican a la ciudad y destruyen una parte de la famosa biblioteca. Trabajo que se le ahorra al Califa Omar siete siglos después. A fines de marzo del 47 termina la guerra de Alejandría. César tiene un hijo de Cleopatra que lleva el nombre de Cesarión, al que manda matar Augusto, vencedor en el combate naval de Accio contra Marco Antonio, cuando ya su madre se había dado muerte con la mordedura del áspid acompañada de sus doncellas Iras y Charmias.

Vuelve César a Roma por Siria y el Asia Menor. Combate en el camino a Farnaces, rey de los Partos, hijo de Mitridates Eupator que había secundado a Pompeyo, y con tal facilidad logra vencerle que se dirige luego al Senado para anunciarle su victoria con aquella lacónica expresión: *veni, vidi, vici*. En septiembre del 47 se encuentra en Roma. A fines de mes hace velas para el Africa, donde los pompeyanos Escipión y Catón habían reunido contra su poder un ejército considerable. El 6 de abril del 46 son vencidos los enemigos de César en la batalla de Tapso, y Catón, porque no ha podido defender Utica y no quiere sobrevivir a la muerte de la República, se quita voluntariamente la vida. Nuestro cordobés Lucano ha dicho en el verso 128 del Libro I de su *Farsalia*.

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.

Regresó César a Roma, finalizando julio, en la cúspide de su poder que ya nadie podría ni discutir siquiera, conforme a los cálculos de la humana razón. Muy distinto a otros vencedores en guerras civiles, sabe perdonar generosamente a los afiliados al partido contrario que habían hecho armas contra él y declara que no habrá diferencia alguna entre pompeyanos y cesaristas. Dedicóse por aquellos días a la reforma del Calendario que lleva su nombre, con el auxilio del matemático

alejandrino Sosigenes. Era necesario recoger las 5 horas, 48 minutos y 49 segundos en que sobrepasa el año solar a los 365 días. Para mejor ajustar la reforma a la realidad de las traslaciones de la tierra hubo un año de confusión con 445 días y 15 meses, y luego cada cuatro años se acordó añadir un día al número fijado de 365. El 24 de febrero era el día sexto antes de las Calendas de marzo. Hubo, desde entonces, cada cuatro años un doble día sexto. De aquí el nombre de bisiesto. La reforma juliana no pudo llegar a la exactitud astronómica. Se habían tomado las medidas con exceso, y sobrevino la precesión de los equinoccios, que resolvió la corrección del Papa Gregorio XIII en 1582.

Por tercera vez viene César a España. Los hijos de Pompeyo, Sexto y Cneo, subleváronse aquí contra el señor de Roma y dueño del mundo. La campaña dió el triunfo definitivo a César en la batalla de Munda el 17 de marzo del 45. Se ha discutido si Munda es la Monda de Málaga o la Montilla de Córdoba. Los pareceres más probables se inclinan a la última. Pero la duda ha sido motivo de discusiones tan sabias como curiosas. Próspero Mérimée imagina a un arqueólogo que llega a la Península Ibérica y viaja por Andalucía buscando la Munda pompeyana. En la diligencia, para entretener los ocios del camino, le cuentan una historia de amor y de seducción femenina en un ambiente de toreros y contrabandistas. Es la conocidísima novela *Carmen*, puesta en música por Bizet, que a igual de la *Manon Lescaut*, del abate Prevost viene a ser episodio de una obra principal, hoy con toda razón y justicia completamente olvidada, mientras perviven las narraciones de un descanso en lo que aparenta ser el pensamiento central.

El mes de septiembre del 45 ve la entrada triunfal de César en Roma. Ha llegado a sus manos la plenitud del Poder. Desea el título de Rey, y Marco Antonio le ofrece en público la diadema en las fiestas Lupercales del 15 de febrero. La aristocracia romana pensó deshacerse de César por la violencia. La conspiración urdida por Casio, su enemigo personal, no tar-

dó en agrupar unas sesenta personas en las filas de la envidia, el odio y la ingratitud, porque muchos de los conjurados habían sido elevados por César a las dignidades y a los honores. Marco Junio Bruto, sobrino de Catón, era hijo de la hermosa Servilia, con quien César tuvo culpables amores. El día de los Idus, de marzo del 44, que corresponde al día 15 del mes, los conjurados rodearon a César cuando se dirigía al Senado, y a una señal convenida, y empezando Casio el ataque vil a un hombre indefenso, continuaron los demás hiriéndole con sus puñales y con sus espadas. César, al principio, trató de defenderse. Al ver que Bruto atentaba contra él le dijo: *Tu quoque, Brute!*, con frase que ha llevado la Historia a la inmortalidad. El señor de Roma y del mundo se cubrió el rostro con la toga y vino a caer, sin aliento, acribillado de heridas, al pie de la estatua de Pompeyo. El suceso ha entrado en la tradición de las artes plásticas y la literatura y el teatro. Shakespeare, Voltaire y Alfieri tienen en su respectiva labor literaria sendas tragedias sobre Julio César, si bien ninguno de ellos se le muestra favorable.

La pintura nos da los *Triunfos de César* en una serie de tablas de Mantegna, y de todos es conocido el cuadro del Louvre, *La muerte de César*, debido al pincel de José Delgado Court (1797-1865), discípulo del barón Gros. Los Museos de Italia y de otras naciones de Europa están llenos de bustos, relieves y monedas que reproducen la efigie del eminente general y dictador. Nuestro Museo del Prado conserva dos lienzos referentes a Julio César. El uno, señalado en el *Catálogo* con el número 234, son *Las exequias* del famoso general romano. Pertenece a la escuela italiana y tiene por autor al Caballero Giovanni Stéfano Lanfranco, nacido en Parma no se sabe a punto fijo si en 1581 ó en 1582, y muerto en Roma el 29 de noviembre de 1647. Aparece en primer término la pira con el cadáver de César, y a derecha e izquierda, sus legionarios, dándose muerte porque no quieren sobrevivir a su jefe. En segundo plano ofrécese a los ojos el Panteón. El otro cua-

dro — número 2.278 del *Catálogo* — es de escuela francesa. M. Demont cree que pudiera ser de Henri Testelin (1616-1695); pero Sánchez Cantón lo da como de un discípulo anónimo de Lebrun. En un carro va Julio César, con traje azul, manto carmín y casco laureado. Le preceden trompetas y portaenseñas, en una de las cuales se leen las palabras *vini, vidi, vici*. La obra se intitula *El triunfo de César*.

El romanticismo español trajo al teatro un *Julio César*, imitación de los respectivos de Voltaire y Alfieri, del colaborador en ocasiones de Zorrilla, don José María Díaz, que vivió ochenta y ocho años, del 1800 al 1888, y murió en la isla de Cuba, protegido por el marqués de Salamanca.

Julio César, historiador.—No bastan a la historia de César los títulos de general, hombre de Estado, como decimos ahora; conquistador de extensos territorios, que unió al poder de su Patria; genio superior en el arte de la política, de la diplomacia y de la manera de concertar voluntades para el mejor éxito de las empresas; orador tan eminente, que, al decir de Quintiliano, podía disputarle la palma al mismo Cicerón; además de todas estas cualidades, reviste Julio César la de escritor. Su nombre figura en las historias de la literatura latina al lado de Salustio, de Lucrecio, de cuantos contribuyen a la grandeza de Roma por el bien hablar fijado en la página escrita. De joven cultivó César la poesía. Compuso una tragedia de *Edipo* y un poema en honor de Hércules. Bajo el título de *Dicta colectanea*, recopiló una serie de sentencias y frases ingeniosas, que, andando los años, impidió Augusto que vieran la luz. La astronomía ocupó su actividad sapiente. Es de tener en cuenta la importancia que a la ciencia de los astros atribuía la religión y la política de Roma. En los años de su pontificado máximo escribió libros sobre los auspicios y los augurios. A un elogio de Catón, que publicó Marco Tulio, respondió César con un libelo, titulado en latín *Anticato*, por el que luego Plutarco, en su biografía, se enfada con él y dice que no ha de ser permitido a hombres

como César el insular en su tumba a ciudadanos como el de Utica.

De todas las obras de César sólo han quedado los siete libros de la *Guerra de las Galias* y los tres libros de la *Guerra Civil*, que juntos llevan el título común de *Comentarios*. El primero de estos escritos encierra, siguiendo el orden cronológico, las campañas del general insigne en la Galia, en Bretaña y en Germania. El segundo comprende las guerras de Pompeyo y de su partido. Estos *Comentarios* no son historia propiamente dicha, sino unas memorias, escritas probablemente día por día, sin método riguroso en la composición. Como fuentes, son de una importancia capital. César es el escritor más antiguo y más seguro de cuantos nos han dado a conocer la antigua Galia, la condición de sus habitantes, sus costumbres, el embrión de su derecho, la religión que profesaban. Y todo ello de una manera que no deja lugar a dudas en lo que se refiere a la exactitud, sin que tenga un valor excesivo el testimonio contrario de Asinnio Pollion. La Geografía y la estrategia forman un estudio completo del territorio y de sus recursos ofensivos y defensivos en caso de guerra. El primer geógrafo del país de Francia es Julio César. Poco puede añadirse a este punto a lo que él deja consignado.

Como historiador, César pertenece a la escuela de Tucídides. Cicerón hubiera escrito la historia de modo muy diferente. Abundaran en él, a buen seguro, los discursos de abogado que defiende o ataca ante un tribunal de justicia. César no pleitea jamás en sus escritos, ni siquiera tratando de la guerra civil contra Pompeyo. Tito Livio, verbigracia, se deja llevar de los acontecimientos. César, por el contrario, a igual de todos los espíritus superiores, los domina, los dirige, los mide, los impulsa, les da nacimiento, curso y alcance. El historiador del siglo de Augusto es un literato que narra hechos ajenos. El vencedor de Farsalia es el dueño de cuantas situaciones se le ofrecen en el correr de sus campañas y de su vida entera. Tito Livio cuenta la historia. César la hace

con sus manos, con su voluntad, con su ambición, con su genio. Los *Comentarios*, en sus dos partes, son modelo de austeridad narrativa. Algunos reprochan al estilo de César la sequedad. No hay en aquellas páginas lecciones morales, ni retratos que nos diviertan con lo animado de la pintura, ni frases de pasión, ni ampulósidades oratorias con los aromas y las flores que el verbo ciceroniano nos trajo de Siria y el Asia Menor. En César todo es escueto, preciso, rápido, sin lima, como el vivir del campamento, siempre cuidadoso de evitar sorpresas y emboscadas. Compárense los *Comentarios* de César con la *Farsalia*, de Lucano. El cordobés nos ofrece al futuro dictador de Roma en su tienda, cuando ya se ha decidido a pasar el Rubicón. La imagen poética evoca la figura del parricida preparando su crimen. César ni siquiera menciona el nombre del río que separa de las otras regiones de Italia la Galia Cisalpina, territorio perteneciente a su jurisdicción (1). El relato de César es la impassibilidad misma. El

(1) El Rubicón servía de frontera entre la Galia Cisalpina y la Italia propiamente dicha. Ningún general había de franquearlo sin la venia del Senado, so pena de incurrir en traición a la Patria. Aunque el nombre de Rubicón es conocido de todos los historiadores, no se ha llegado a un acuerdo sobre el lugar exacto de su curso. Era un río de escaso caudal. Habría que decir un arroyo. Hay cuatro opiniones acerca del antiguo Rubicón. Unos creen que es el Pisciatello. Otros el Ragossa. Otros el Fitumicino o Fiumico, riachuelo de Savignano. Estas tres corrientes de agua se unen antes de desembocar en el Adriático. Otros, por fin, han dicho que el Rubicón era el Uso, corriente de agua que la carretera de Savignano a Sant-Arcangelo atraviesa por un puente. Luis Tonini, en su *Historia de Rimini*, dice que el torrente Urgona o Rogona, que hoy desemboca en el Pisciatello, tenía curso diferente en la época romana. Llegado al lugar en que hoy se asienta la ciudad de Calinèse, se dirigía hacia el Sur, recogiendo las aguas del Rigosa, y entraba en el Fiumico al bordear la montaña de Savignano. Este último arroyo, al reunir todas estas aguas, ya merece el nombre de río. Es al que los romanos llamaban el Rubicón, palabra que se encuentra como en anagrama en las toponimias Urgona y Rogona. El río carece de toda importancia en geografía, y sin el episodio de Julio César no tuviera tampoco el menor interés para la Historia y siempre hubiera permanecido ignorado, incluso entre los más expertos conocedores de la Historia y la geografía en general.

autor no da jamás los motivos de su conducta. Le basta con conocerlos él únicamente y los guarda en su pecho, como después de transcurridos muchos siglos hizo nuestro Carlos III con los que le llevaron a la expulsión de los jesuitas. Y la misma distancia que hay en los siglos la hay en el temple respectivo de ambas figuras, en su desigual actuación histórica, en lo diferente de su juego mental.

En César, el laconismo no daña la integridad. Ningún suceso importante se ha omitido. El autor no quiere apasionar; aspira en todo momento a esclarecer. Cicerón decía, muy atinadamente, que César se había limitado a reunir materiales para la Historia, pero que después de él sólo los tontos pensarían en rehacer lo que él dejó como esbozado. César es, a un mismo tiempo, el manantial, el autor y el narrador de los acontecimientos, circunstancia que explica la ausencia de composición científica. Un historiador de profesión hubiera acumulado en un solo capítulo todo lo referente a los hábitos, las costumbres y la religión de la Galia. César diluye tales pormenores, los cuales salen a luz a medida que va relatando las campañas. El dice las cosas que sabe en el mismo momento que las sabe, y no conoció a los galos hasta el cuarto año de guerra. El estilo de Julio César se ha calificado con tres palabras latinas: *nudi, recti, venusti*. La frase rápida no busca la armonía, porque la lleva en la entraña, y cuando se desenvuelve en un período largo, cada proposición se desliga del conjunto, y en seguida vuelve a confundirse con él en una síntesis perfecta. La frase de César no tiene la amplitud sonora y majestuosa de Cicerón, ni la sutileza de Salustio, ni siquiera ese arte semiconsiente que advertimos en Catón. Es una frase, desgajada y viva, que dice únicamente lo que hace falta decir, sin volutas ni exageraciones. El lenguaje es de una pureza y una elegancia soberanas. El prosista se inclina antes al arcaísmo que al neologismo, y busca, sobre todo, la brevedad y el relieve. Dicen los expertos en latinidad que

para apreciar a César hay que haber practicado mucho a Cicerón.

Algunos autores, mal informados o por prurito de hacerse notar con proposiciones atrevidas y extravagantes, han dicho que el verdadero autor de los *Comentarios* era un Julio Celsio, que vivió en el siglo VII de nuestra era, posterior a San Isidoro, de Sevilla. Hasta dijeron que el latín era indigno de César y del siglo I, antes de Cristo, y que se debe pensar en el estilo peculiar de la Edad Media. A este mismo Julio Celsio se le atribuía una *Vida de César*, que luego resultó ser del siglo XIV y tener por autor a Petrarca, el cantor de *Laura en la Valclusa*. El *Ephemeris* o *Diario* de César, a que parece referirse Servio en el verso 743 del libro XI de la *Eneida*, no debe tomarse en consideración.

En casi todas las ediciones de César, siguiendo a los siete libros de la *Guerra de las Galias* y los tres de la *Guerra Civil*, se encuentra un octavo libro sobre la *Guerra de las Galias* y dos más, titulado el uno *De bello alexandrino*, y el otro *De bello africano*. Son generalmente atribuidos a un lugarteniente de César, que pereció un año después de él (43) en la batalla de Módena, y que se llamaba Aulio Hircio. Este autor nos ha dejado también una narración de la guerra de España, muy fatigosa por cierto, a la que han acudido cuantos han escrito historias de nuestro país. Otros han atribuido este *Bello hispaniense* a Opio. Los *Comentarios de la Guerra de las Galias* fueron vertidos al griego en el siglo XIV por el monje Placido. Esta traducción no carece de importancia en lo referente a la compulsión de los manuscritos.

Un imitador español de César, en los *Comentarios*, fué el conquistador de Méjico, Hernán Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca, que nació en Medellín en 1485 y murió en Castilleja de la Cuesta, provincia de Sevilla, en 1547. Sus *Cartas y Relaciones*, dirigidas al Emperador Carlos V, vieron la luz entre 1523 y 1525. Fuéter, en su *Historia de la historiografía moderna* (París, 1914), se complace en señalar las semejanzas

entre el estilo y la intención de Cortés y la manera y los propósitos de César al redactar su *Guerra de las Galias*. Son ambos narradores de las propias hazañas. El héroe de Otumba, que llora en la «noche triste», pule su lenguaje para que se parezca al empleado por el general de Farsalia y de Munda. Acaso le ha sorbido el seso antes de partir para el Nuevo Mundo, cuando, de muy joven, estudiaba Humanidades en Salamanca. Ya se ha visto líneas arriba que incluso existe la coincidencia de haber quemado uno y otro paladín sus embarcaciones, con más daño para la general cultura las de César que las de Cortés.

César estuvo tres veces en España. La primera de ellas, al desembarcar en Cádiz, contempló una estatua de Alejandro Magno y se lamentó de que hasta entonces nada hubiera él realizado, cuando el héroe macedón, a los treinta y tres años, había ya conquistado el mundo. Plutarco, en sus *Vidas paralelas*, emparejó a César con Alejandro, como a Cicerón le ha puesto al lado de Demóstenes. A Julio César se le ha incluido siempre entre los nueve de la fama, que una tradición, a la que concurren la leyenda y la Historia, y en la que intervinen el Antiguo Testamento, la antigüedad clásica y los tiempos heroicos de la alta Edad Media, ha querido formar con los nombres de Josué, David, Judas Macabeo, Alejandro, Héctor, Julio César, el Rey Artus, Carlomagno y Godofredo de Bouillon.

La actuación política y militar de César en España va relatada muy al pormenor en los *Comentarios* de Hircio, verdadero tratado de táctica, estrategia y arte guerrero que Almirante ha sabido estudiar, comentar y seguir con crítica certera y conocimiento seguro de la historia y de las ciencias militares. Del mismo modo se han estudiado por los técnicos de la arquitectura e ingeniería, los palacios que construyó por orden de César, Namurro y los Puentes sobre el Rhin que el conquistador de las Galias mandó disponer a sus habílsimos ingenieros.

Los *Comentarios* de Julio César han sido traducidos al castellano en el siglo xv por Frey Diego López de Toledo, Comendador de Castilnovo en la Orden de Alcántara. La obra se ha impreso cuatro veces: la primera, en folio, en Toledo, por Maestre Pedro Hagembach, alemán, en 1498, dedicada al Príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos; la segunda vez, en Alcalá, por Miguel de Eguía, en 1529, en folio; la tercera se imprimió en París, en octavo, en 1549, y la cuarta, en Madrid, por la viuda de Alonso Martín, en 1621, en cuarto. No en todas las ediciones se puso el nombre del traductor, y algunas veces se ha creído que se trataba de textos distintos. No. Parece ser que nos hallamos ante una misma versión, con unidad de traductor y de estilo, aunque a veces se alteren las palabras y se corrijan las frases de los impresos anteriores. También ha sido muy aprovechado entre nosotros, en traducción indirecta, el libro francés del Conde Lancelot Turpin, de Crissé, militar erudito que, usando la versión de Wailly (1), dió unas notas muy importantes de carácter histórico, crítico y castrense. Turpin de Crissé vivió, en el siglo xviii, de 1716 a 1795. Pero la traducción castellana más moderna, más fiel y mejor escrita de los *Comentarios* de César es la que publicó, en 1798, en la Imprenta Real, el académico de la Española y catedrático de los Estudios de San Isidro don Manuel Valbuena, autor del famoso *Diccionario latino* y filólogo y humanista eminente. Esta versión de Valbuena es la que suele ser aprovechada por los editores de buen criterio, cuidadosos de poner en manos de los escolares y del público en general una obra de inmejorable tono que res-

(1) Natal Francisco Wailly (1724-1801) fué un gran gramático francés que escribió sobre ortografía y lingüística. Sus *Comentarios de César*, publicados en dos volúmenes en París (1766), dan corregida la traducción de Nicolás Perrot d'Ablancourt (1608-1664), un protestante traductor de muchos clásicos griegos y latinos. Los *Comentarios de César* se publicaron en 1650. Perrot d'Ablancourt es el traductor al francés de la notable *Descripción de Africa*, en tres tomos voluminosos, del capitán español de Carlos V don Luis del Mármol Carvajal.

ponde muy bien al texto latino y es modelo de buen castellano. Valbuena está incluido por la Academia en el *Catálogo de Autoridades del Idioma*.

El hombre en Julio César.—Por los muchos bustos escultóricos que del dictador de Roma nos han quedado ; por lo que puede inducirse de sus biógrafos e historiadores ; por la compulsa y la exégesis sabia de cuantos documentos escritos e iconográficos nos ha legado la antigüedad y la tradición, sabemos que Julio César era hombre de aventajada estatura, miembros bien proporcionados y hermosa presencia. Tenía los ojos negros, la mirada viva y penetrante, la tez pálida, la nariz recta, la boca pequeña, los labios carnosos. Era calvo. Muy bien dotado para los ejercicios físicos de agilidad y de fuerza, los dominaba todos. Conversador amenísimo, de voz sonora y vibrante, encantaba con su verbo, su ingenio y sus dichos a cuantos tenían la fortuna de escucharle.

Se casó tres veces. La primera con Cornelia, hija de Cinna. La segunda con Pompeya, hermana de Pompeyo, a la que repudió porque Clodio se introdujo en su casa y se produjo el escándalo consiguiente. Pronunció entonces el conquistador de las Galias la famosa frase, después tan repetida : «La mujer de César no tiene bastante con ser casta : es necesario que a todos se lo parezca.» La tercera esposa de César fué Calpurnia, hija de aquel Lucio Pisón, que hubo de sucederle en el Consulado. Dícese de César que tuvo innumerables aventuras de amor. La más conocida de todas ellas es la de Cleopatra, Reina de Egipto. Otros vicios más vergonzosos que le atribuyó Curión el padre, dando los nombres de Nicomedes III de Bitinia y de Murra, entran, desde luego, en la calumnia. Los estudios de Ottofried Müller sobre *Safo* y la *Historia del amor griego*, de Pogey-Castries, publicada en París por la Editorial Stendhal en 1930, vienen a poner las cosas en su punto sobre todas estas vergüenzas de la corrupción antigua, acaso exageradas cuando se trata de

hombres superiores. Una frase grosera, de cuartel, que ha corrido por los tiempos con la atribución a Julio César, ha de tenerse por injustificada ; y del mismo modo que el jesuíta ecuatoriano P. Aurelio Espinosa Polit ha probado la virtud de Virgilio, aun a despecho de la *Egloga II*, con el elogio del libro de Pogeey-Castries, muy bien pudiera intentarse algo parecido con respecto a Julio César, en quien el corazón y la hombría para las buenas acciones corren parejas con su genio. A su rival Pompeyo le llora como a un hermano. Cuando tiene noticias de la muerte de Catón de Utica, exclama : «Me han envidiado la gloria de conservarle la vida.» En Farsalia les grita a sus tropas que perdonen a los ciudadanos romanos. Y este valor y entereza en la fortuna, como en la desdicha, se comunicaba a sus gentes. A uno de sus milites le intiman en una de sus campañas a la rendición. Se halla rodeado de enemigos, pero él se da la muerte con su espada y dice : «Los soldados de César acostumbran a conceder la vida, no a recibirla.» Podrían multiplicarse hasta número muy crecido las frases lapidarias que prueban la nobleza del general triunviro ; las anécdotas que le ofrecen a nuestros ojos, seguro de sí mismo, al servicio de Roma ; los hechos en que se desenvuelve su heroísmo, siempre dirigido a la grandeza de su Patria. Porque a César se le calumnia cuando sólo se ven sus acciones y actitudes la ambición personal. Tiene una gran ambición, pero en todo momento dispuesta a que repercuta en beneficio de las glorias romanas. Se ha dicho que emprendió la guerra de las Galias con la intención de ganar a su persona el afecto de las legiones. Error profundo. César piensa en los peligros de orden exterior que pudieran amenazar el vasto imperio de la señora del mundo. El mismo lo dice y hemos de creerle, porque dice verdad. Lucha contra los helvecios para prevenir acontecimientos inesperados y que no pudiesen llegar un día como invasores a Provenza y Tolosa. Marcha contra los galos del Norte porque conoce su versatilidad. Conduce la guerra hacia Germania con el in-

tento de evitar posibles invasiones más acá del Rhin. Desembarca dos veces en Bretaña porque ve allí un núcleo peligroso de resistencia. Los motivos de la guerra y manera de llevarla a cabo están en Julio César al abrigo del menor reproche. Suetonio se equivoca, o miente a sabiendas, cuando dice lo contrario. César es modelo de tesón, energía, equilibrio; de voluntad decidida a lograr los nobilísimos fines que se propuso. La campaña de las Galias la comienza con fuerzas escasísimas. Dispone de una sola legión; pero el triunfo corona sus esfuerzos al final de cada jornada. Su sangre fría y el cariño de sus soldados son las dos fuerzas principales que en el comienzo le empujan al éxito feliz de sus intentos y su actividad. Bueno, generoso, justo, ecuánime, veraz, forma con sus ejércitos como una sola persona, y porque están todos prontos a ejecutar lo que él ordena y hay en el conjunto de todos un solo amor y una voluntad única, se consiguen los mayores triunfos.

César aspira a vivir de acuerdo con Pompeyo y con el Senado. No tiene él la culpa de que gentes mal intencionadas le indispongan, bien a pesar suyo, con el que fué su cuñado y su yerno. A César se le retira el mando de sus tropas antes del plazo estatuído; se han levantado armas contra él; se ha puesto en vigor el llamado *Senatus Consultus Ultimus*, que da a los Cónsules investidura y facultades dictatoriales. César advierte que el pueblo es oprimido, que las funciones tribunicias son violadas, que se suspenden los comicios, que se llega a una tiranía, y todo por envidia a sus aptitudes políticas y guerreras y para impedir la serie de triunfos que le acompañan en el Occidente de Europa, en los territorios, llamados a partir de Diocleciano, la Prefectura de las Galias. El triunviro acude a la guerra como a contrapelo. Le falta la ferocidad. Es bueno para sus soldados: su ideal consiste en aniquilar al enemigo por el hambre y el cansancio, sin arriesgar la sangre de los suyos. Es bueno para las poblaciones que atraviesa, y así sabe ahorrar a Marsella las cala-

midades de un asalto, y en Córdoba indemniza a los españoles de los perjuicios que les han causado las tropas de Pompeyo. Es bueno para sus enemigos y los acoge cuando ellos se someten a su discreción. Después de Farsalia sabe consolar a los vencidos, les asegura su clemencia, les recomienda a sus tropas. Busca en todas las ocasiones la paz. Antes de comenzar la guerra hace tentativas infructuosas para evitarla mediante la intervención de los amigos de Pompeyo. Cuando entra en Roma, su primer cuidado es declarar que continuará las conversaciones a la paz dirigidas.

En España hace saber a Afranio que depondrá las armas si él a ello, con la buena razón, se aviniese. Antes de Farsalia vuelve a brindar la paz. Si a través de toda su vida, cuando sus enemigos se la proponen, no la acepta, es porque duda, con motivo, de la sinceridad de sus propósitos. Los enemigos son espíritus estrechos, apasionados, fanáticos. Rehusan las ofertas de César y exigen condiciones inaceptables. Todos son egoístas, traidores, crueles. Pompeyo considera enemigos a los neutrales, y Lavierno se niega a toda paz mientras no tenga en sus manos la cabeza del héroe de las Galias. Pero si César no mira sino la gloria y el poderío de Roma, sus adversarios actúan sometidos a intereses bajos y personales. El historiador del *Bello civile* pasa revista a sus apetitos y concupiscencias. Catón quiere vengar su fracaso; Léntulo escapar de sus acreedores; Pompeyo no puede sufrir a su lado la presencia, no ya de un rival, de un émulo a quien las almas nobles tratan como a un hermano. César, maestro en ironía, se burla de las vacilaciones de Varrón antes de entregarse por completo y de cómo rompió una vez con él la víspera de convertirse en su aliado. Se ríe de ciertos jóvenes de la nobleza que se imaginan vencedores cuando la fortuna, por un instante, con aliento apenas perceptible, diríase que sopla de su lado. Se complace en pintar el carácter de Pompeyo orgulloso, endiosado, con vanidad sin límites, el cual, a propósito de naderías, quiere asignarse a toda

prisa el título solemne de *Imperator*. César acaba su victoria y persigue a sus enemigos con la sátira, después de haberlos vencido con la espada. El no tiene más interés que el de Roma. Es un espíritu elevado que sirve una causa gigante en la corriente magna de la civilización y en el providencialismo de la Historia.

El artífice de la unidad.—Plutarco suele acertar en el paralelismo de sus biografías. César es, en cierto modo, el Alejandro Magno de Roma, y le vemos con mayor claridad que al Monarca macedón, porque en él no prendió tanto la poesía y la leyenda, y podemos contemplarle en la serenidad de la Historia.

Las repúblicas han sentado siempre mal a los pueblos, y aunque César pertenece al partido popular y continúa en su juventud la trayectoria de Mario, en su madurez quiere acabar, para bien de la Patria, con la división de los partidos y hacer de la ciudad de la loba una cifra de unidad y de Imperio. Lo hubiera conseguido, llevando a su persona el título de Rey o de Emperador, si la conjura de Bruto y Casio no acabara con su vida. De los Idus de marzo del 44 han de pasar algunos años—ya, por fortuna, muy pocos—para que el poder de Roma vuelva a quedar unificado en la persona de un jerarca supremo que dé nombre, autoridad y carácter a los acontecimientos y a la índole general de la cultura. Lo que logra, por fin, Octavio Augusto lo ha intentado Julio César, su tío abuelo. Roma, conquistadora del universo mundo entonces conocido, no realizó sus empresas guerreras y civilizadoras por la República que roía sus entrañas, sino a pesar del régimen que le impuso siglos atrás la batalla del Lago Regilo. La experiencia personal, en el contacto de los honores y en la enseñanza de los hechos, le advertía a César el peligro de la división en partidos. La política, si se ha de gobernar con acierto y eficacia un país, una ciudad, una expresión de geografía, el Ecúmenos, que a todos los horizontes alcanza, una vasta red de municipios y colonias, los

caminos de la tierra que convergen en un centro de unidad, no puede estar partida, ha de conservarse entera, sin opiniones que se opongan a sus principios en lo fundamental; sin su-peditación de la autoridad y de las normas de buen gobierno a personales intereses; sin admitir dilaciones inútiles en lo que se estima con razón verdadero y necesario; sin que las empresas magnas encomendadas a un general de valía logren frustrarse por los designios del Senado, en que dominan las facciones.

Un sobrino de Mario, que empieza su actuación política como miembro sobresaliente del partido popular, que Mario acaudillaba en los días de la guerra contra Sila; un enemigo de la aristocracia, muy llevado por su educación cívica a lo que estimaba respecto a las leyes y a las públicas libertades, se convence, poco a poco, en el rodar de su existencia, de que todo, en el sistema democrático de Roma, era mentira; de que la República, panacea de unos pocos ilusos, entre los que ha de contarse a Catón de Utica, tapaba con engañosas palabras la corrupción en el manejo de los intereses del Estado; de que la ley escrita e inviolable podía muy bien amparar tan sólo egoísmos y ambiciones de bajo vuelo; y por ello se decide Julio César a pasar el Rubicón, hazaña que significaba romper abiertamente, valientemente, con la mala ley, cizaña en el buen trigo, porque así lo exigía la verdad, la vida y la salud del Estado.

El dictador de Roma es un apasionado de la verdad, con hambre y sed de justicia. Su temple y su genio riman a la perfección con la España de Franco, y fueron, además, instrumentos de la Providencia para conseguir, andando los años, en la unidad del mundo, la unidad de la predicación evangélica y del Catolicismo, que significaba universalidad.